
Modesto BERCIANO, *Teología natural. Doctrina filosófica de Dios*, Madrid: BAC, 2018, 464 pp., 15 x 22, ISBN 978-84-220-2025-7.

Este manual publicado en la colección *Subsidia Theologica* es, sin duda ninguna, una aportación fundamental al saber y a la enseñanza de esta materia en castellano. Escribir un manual no es tarea fácil. Debería expresar una filosofía bien asentada, los elementos que la comunidad de los filósofos consideran sólidamente establecidos. Pero, a la vez, expuesto con tal sencillez que cualquiera pudiera leerlo y aprender de él. Estas dos condiciones chocan, en primer lugar, con el actual estado de la filosofía, con la tendencia a un pensamiento débil, incluso líquido, con la renuncia casi general a ofrecer una explicación verdadera de la realidad en cuanto tal. En segundo lugar, esas condiciones se enfrentan a la realidad de la ausencia de un saber filosófico compartido. Tantas veces los filósofos desarrollan sistemas con una terminología tan particular que simplemente leerlos resulta un martirio y, en otras ocasiones, las diferencias entre ellos versan sobre argumentos tan particulares que no parece que aporten nada al saber común. Por tanto, incluso antes de empezar es preciso decidir qué conviene explicar en la teología natural.

Además estas páginas son las últimas que pudo escribir el autor antes de su muerte. Al menos el editor señala que el último capítulo parece incompleto. Pero pienso que también puede deberse a ese hecho la reiteración de textos y el análisis repetido de las mismas obras: quizá no le dio tiempo a repasar lo escrito y eliminar reiteraciones y duplicidades que alargan el texto.

La decisión de elegir los temas que se desarrollan en la asignatura, que de algún modo culmina el camino del filósofo, depende de lo que se haya explicado en los manuales de las demás asignaturas y de los autores que se supone que los lectores de esa colección conocen. Y esa elección nunca es inocente. Se elige lo que se considera fundamental, aquello que se tiene como importante. Esa elección define la estructura del texto, pero viene acompañada siempre por una infravaloración de las demás partes, de autores distintos, de los problemas omitidos.

Modesto Berciano ha elegido centrarse en las pruebas de la existencia de Dios. Comienza con una definición clásica de la asignatura: «La teología natural tiene como objeto propio y primario aquello a lo que se dirige el hecho religioso del hombre en su entender y en su obrar: lo trascendente, Dios... se

trata de un razonamiento fundado en la razón... Aquí se trata de una reflexión filosófica acerca de Dios» (pp. 7-8). Pero a esta definición sigue la constatación de una paradoja: «La historia de la metafísica demuestra que seguramente no ha habido ningún filósofo importante que haya negado la existencia de algo absoluto. Pero, precisamente por ser absoluto y transcendente, se han dado acerca de él muchas respuestas desde diferentes puntos de vista, y ninguna es decisiva... Las preguntas metafísicas siguen presentes y las respuestas siguen siendo objeto de discusión» (p. 9).

Después del primer capítulo que tiene carácter introductorio se desarrolla una historia de la teología natural. El capítulo II explica las líneas de la teología natural hasta Kant. El capítulo III se dedica a la exposición de la crítica kantiana a la teología natural. Y el capítulo IV expone las posiciones filosóficas contrarias al teísmo: el escepticismo, el ateísmo y el nihilismo contemporáneo. Por la extensión que se le dedica parece que lo principal de la teología natural se encierra en la filosofía kantiana. Y así toda la teología natural clásica, incluida la propia de la teología natural racionalista, ocupa el mismo espacio que las posiciones antiteístas contemporáneas que apenas cubre un poco más de un siglo. Esta distribución parece atenerse a la explicación de que las posiciones filosóficas son tanto más interesantes cuanto más próximas a nosotros se hayan desarrollado. Sin embargo, me temo que se trata de un prejuicio: lo que está de moda no tiene por qué ser lo mejor. Por otro lado, la larga explicación de la postura kantiana se debe a que el autor conoce bien al filósofo prusiano. No dudo que Kant sea un clásico de la filosofía moderna, pero pensar que las Críticas kantianas encierran la sabiduría puede ser un perfecto equívoco. Sería equivalente a sostener la imposibilidad de que «la fuerza del logos es suficiente para descubrir la esencia divina» (p. 8). Sorprende que si la teología natural tiene como objeto aquello a lo que se dirige el hecho religioso no habría que profundizar en los que han vivido más cumplidamente el hecho religioso. Por otra parte, conocido el fideísmo pietista kantiano, hubiera sido muy interesante saber quién es aquel al que se dirige la adoración religiosa kantiana, suponiendo que esta adoración sea posible para Kant. Sin duda, la *Crítica de la razón pura* encierra una exposición completa de la crítica de las pruebas de la existencia de Dios, la pregunta relevante es si esa exposición es algo más que la mera destrucción de la metafísica, es decir, la pura destrucción del ídolo de los filósofos racionalistas anticipada en buena medida por Hume. Como escribe el autor, la cuestión central de la asignatura es si «el intelecto humano es capaz de superar lo sensible y elevarse sobre ello» (p. 22).

O, como dice el prof. Llano, la filosofía kantiana, aunque afirme que se pregunta sobre cómo conocer la realidad de las cosas, en verdad se dedica a estudiar cómo es posible no conocerla en absoluto.

En este sentido considero que las tres páginas que dedica a la teología negativa se quedan muy cortas. En este libro se repite varias veces que la teología negativa es la corrección religiosa del valor de las pruebas de la existencia de Dios. ¿No sería posible otra forma de verlo? Quizá la teología negativa sólo tiene sentido cuando se demuestra la existencia de Dios, precisamente en atención a la conclusión de las mismas pruebas. Porque sin pruebas no es posible ninguna teología, ni positiva ni negativa. Y sin teología negativa seguramente las pruebas sólo se refieran a los ídolos forjados por el pensamiento humano. Por eso, me parece que las diferentes pruebas para demostrar la existencia de Dios no son separables de la teología negativa ni de la inquisición filosófica en la naturaleza divina: no hay pruebas de Dios sin Dios. Pensar si somos capaces de alcanzar el objeto propio de la experiencia religiosa es sencillamente negar la propia experiencia religiosa *a radice*. Pensar si podemos pensar a Dios es renunciar de entrada al carácter razonable de la experiencia religiosa o de la misma fe cristiana. Considerar que la filosofía puede pensar a Dios como objeto es exactamente acabar con el objeto de la teología natural: Dios es aquel a quien se dirigen las actitudes religiosas correctas o adecuadas, pero eso no puede ser nunca un objeto de nuestro pensamiento sino una realidad viva. Por eso el ejercicio del intelecto humano a este respecto sólo puede consistir, como afirma el autor al comienzo del libro, «un proceso de búsqueda abierto e interminable». Las pruebas para demostrar la existencia de Dios no pueden terminar en un objeto intelectual, sino en el mismo Dios; pero eso no es posible si la inteligencia no sirve para pensar lo más vivo, lo más profundo de la realidad.

El capítulo V se titula: «Presupuestos para una teología natural actual». Con él comienza lo que podría considerarse la segunda parte del tratado. A mi entender este capítulo es el eje que sirve para articular todo el contenido subsiguiente. Bastaría enunciar los títulos de los siguientes capítulos para tener una idea precisa del contenido de éste. El capítulo VI es: «La pregunta por un principio absoluto». Y el VII, «Experiencia humana originaria y crítica de las pruebas». El VIII: «Del ser relativo y finito al ser absoluto». Y el IX: «Del mundo a un principio absoluto». Y el X: «Del hombre a Dios». El XI: «La vía de la religación en Xavier Zubiri». Y el XII y último lleva por título: «Identificación del Absoluto con Dios». Son más de 300 páginas para exponer posi-

tivamente lo que el autor entiende que es y debe ser la teología natural a la altura de nuestra historia intelectual.

La última página de este capítulo encierra las claves interpretativas de lo que resta de libro. Quizá sea un texto demasiado largo, pero dada su situación central y su valor hermenéutico sobre el significado de todo el trabajo, permítasenos citarlo pormenorizadamente. «El fundamento no es objeto de experiencia inmediata, sino absoluto y trascendente; y como tal, incognoscible y misterio. Ante este misterio, se pueden dar varias opciones. Es lo que venimos haciendo aquí: hemos optado por afirmar la contingencia de la realidad de experiencia, por afirmar la validez de una causalidad ontológica; y por la necesidad de un principio absoluto. Parece difícil no hacer una opción de modo explícito o implícito, en la teoría o en la praxis. Una opción determinada no se podrá demostrar con rigor; pero sí se deberían dar razones que la hagan aceptable y coherente con la experiencia que constituye el punto de partida. No todas las opciones son iguales ni están igualmente fundadas. Y en este sentido, una opción bien fundada tendría también un valor crítico de otras opciones y sobre todo dogmatismo de diferentes direcciones. Por no ser demostraciones *sensu stricto*, los argumentos han sido impugnados muchas veces, negando los presupuestos en los que se funda, la contingencia, la causalidad; o no considerándolos aptos para lo que se proponen... En todo caso, parece que la afirmación de Pascal sobre “el Dios de los filósofos” presupone un concepto muy estricto y pensamos que pobre de la filosofía. Ésta no puede dar pruebas matemáticas, pero sí pruebas razonables» (p. 173).

En estas líneas podemos admirar los aciertos y problemas del libro. Conviene destacar de entrada la última frase, el valor que se le concede a la filosofía impide la distinción pascaliana entre el Dios de Jesucristo y el Dios de los filósofos. El itinerario filosófico sólo puede cumplirse si el Dios que demuestra es el mismo Dios real que es el objeto de reverencia religiosa. Ése es el sentido del capítulo XII, el último del manual. Sin ese capítulo la asignatura misma no tendría sentido, porque carecería de objeto.

Igualmente da en el blanco el primer paso que describe Berciano: «la pregunta por el primer principio es la culminación de la metafísica» (p. 174), y por ende de todo el saber humano. Pero es auténtico saber. Si el fundamento no es objeto de experiencia inmediata, la experiencia inmediata no puede ser la culminación del saber humano. El primer principio es ciertamente absoluto y trascendente. Si Dios es siempre más grande que todo lo que pode-

mos pensar, por usar la expresión que aparece en el capítulo XIII del *Proslogion* anselmiano, entonces su trascendencia puede permitirnos llamarlo incognoscible y misterio. Con gran acierto, Berciano no olvida nunca la insoslayable tarea de la teología negativa. Aunque quizá sólo se puede llamar «incognoscible» por no ser objeto del entendimiento humano, pero el intelecto humano puede saber más allá de la pura posesión de objetos conocidos. Si no fuera así la metafísica no sería humanamente posible. Y, desde luego, es «misterio», un misterio insondable que asegura la propia trascendencia del alma humana y sus más altas posibilidades: vivir cara a cara con el misterio más profundo de la realidad.

Ahora bien, considero que es necesaria en teología natural una correcta articulación de principio, trascendencia, misterio, demostración y opción. En este punto se juega realmente el alcance del entendimiento humano. Si las demostraciones o pruebas no sirven para alcanzar lo que está más allá de la experiencia inmediata, entonces no es posible un saber real. Las demostraciones que exigen las diferentes ciencias son tales porque proporcionan auténtico saber. La cuestión de si el analogado principal de la demostración es la demostración matemática es un problema epistemológico: toda demostración se orienta a adquirir certeza acerca de su conclusión. Precisamente por eso, porque son caminos hacia la certeza pueden interrumpirse y la voluntad puede no querer llegar hasta el fin que se entrevé, o puede faltar la decisión de seguir hasta donde el argumento nos conduzca, como pedía Platón a los filósofos. Cuando se habla de opción en general parece que se refiere a un acto voluntario. Pero la mixtura indiscriminada entre inteligencia y voluntad puede arruinar todo el camino de la ciencia. Como sostenía Aristóteles, los hombres pueden hasta rechazar el primer principio de no contradicción, a pesar de evidencia, al precio de vivir como plantas. Por eso en toda ciencia se puede plantear y de hecho a lo largo de la historia se ha planteado lo mismo que en la teología natural: se puede discutir las premisas, los postulados, las leyes lógicas y el sentido común. Pero toda esa actividad voluntaria no disminuye ni un ápice la verdad de las buenas demostraciones. Que alguien no quiera recorrer un camino no significa que ese camino no exista o no se pueda recorrer. Por eso las objeciones a las demostraciones se incluyen en la propia historia de la ciencia, pero no la anulan. Pero el saber no admite opciones: el que no sabe es como el que no ve y la voluntad de que haya luz no permite iluminar nada. Me parece que el autor no tuvo suficiente tiempo para advertir la inequivalencia entre «una opción determinada» y

«demostrar con rigor»; a la ciencia sólo corresponde el demostrar con rigor y eso es equivalente a dar razones que la hagan aceptable y coherente el saber alcanzado. Demostrar es sencillamente la forma más alta y perfecta de dar razones, de dar cuenta y razón de la realidad en el contexto de un saber articulado científicamente.

La metafísica, por su parte, hará bien en no renunciar a su carácter estrictamente científico. Aunque no se puede obligar a nadie de ninguna manera a hacer ciencia, el que la hace es el sabio. Por eso el título del apartado 8 del capítulo VI: «Opción por un principio absoluto» no me parece convincente (el capítulo IX acaba de la misma manera). Por mi parte, considero que santo Tomás acierta cuando dice en el *De potentia* (q. 3, a. 5) que cuando los filósofos a partir de Platón «llegaron a la consideración del mismo ser universal; y por esta razón únicamente ellos establecieron una cierta causa universal de las cosas, a partir de la cual todas las demás cosas llegan al ser». El autor es plenamente consciente que las opciones no son iguales respecto a la verdad: no es lo mismo tener un argumento discutido que «no llegar a la consideración del mismo ser universal». Así, Berciano concluye el capítulo VI con la siguiente frase: «Por todo ello parece más aceptable la afirmación de un ser trascendente como principio absoluto distinto del mundo» (p. 226).

El autor considera que algunos filósofos del s. XX han llevado a cabo un progreso indudable en el planteamiento de las pruebas para demostrar la existencia de Dios al identificar una experiencia humana originaria trascendental como fundamento antropológico de las demostraciones de Dios. De este modo, aspiran a que «dichos argumentos sean más vitales y personales, ya que podrían dar respuesta a los interrogantes humanos que quedan abiertos en una reflexión profunda sobre el hombre, superando así una visión lógica abstracta» (p. 229). Y el autor expone los elementos para entender esta propuesta «personal, existencia, vital» (p. 282) en Blondel, Rahner, Lotz, Welte, Tillich y Zubiri. Berciano expone correctamente estas pruebas y revela oportunamente la influencia del pensamiento de Heidegger en relación al ser para superar su crítica a la metafísica.

El capítulo IX, titulado: «Del mundo a un principio absoluto» el autor expone la visión actual del universo, la evolución de los seres vivos, la teleología del mundo natural y el origen del universo. En estas páginas se ve que el autor ha vivido de la herencia germánica de la filosofía y la conoce mucho mejor que la ciencia empírica y la filosofía analítica contemporánea. El si-

guiente capítulo está dedicado a las pruebas antropológicas para demostrar la existencia de Dios: «Del hombre a Dios». Aquí se encuentra a gusto el autor y propone dos argumentos principales: la pregunta por el sentido de la existencia de cada persona conduce hasta el fundamento absoluto del sentido, y el que parte de la exigencia absoluta de la moralidad. De alguna manera este capítulo se prolonga en el siguiente que trata de la vía «razonable» (p. 410) de la religación elaborada por Zubiri. Dedicar un capítulo a ella dice mucho acerca de sus preferencias. «Desde el punto de vista filosófico, la vía de la religación presenta un innegable interés. En este proceso no se hacen especulaciones propiamente dichas, sino análisis intelectual de la experiencia de un hecho inapelable, de la religación al poder de lo real. Zubiri va profundizando en esta experiencia hasta llegar a una realidad fundamento absoluto... Lo que hace la vía es seguir profundizando en la estructura de la realidad, sin salirse de ella» (pp. 410-411). Precisamente en este punto, el autor no deja de señalar que «la vía pone bien de relieve las limitaciones de la idea de Dios a la que puede llegar la reflexión filosófica» (p. 411). Y coincide con Zubiri en el rendimiento vital de las pruebas de la existencia de Dios, o sea de todo el tratado de teología natural: «razonable significa primariamente que es congruente aceptar en la vida aquello que la razón conoce, sea o no suficiente este conocimiento; y ha dicho que esto ya no es racional, sino congruente y razonable... Lo más concorde con el ser humano como ser libre, como constructor de su propia realidad de la realidad de la historia» (pp. 412-413).

El último capítulo versa sobre el último paso de las vías: «Identificación del Absoluto con Dios». Se trata de profundizar en el Dios personal en quien creemos los cristianos para poder descubrirlo en el hallado por la filosofía. El autor lo entiende como «una opción» (p. 417), en la medida en que «hay razones probables para llegar a esta conclusión» (p. 421), «aunque no se puede hablar de pruebas en sentido estricto» (p. 422), «todas estas afirmaciones serían razones suficientes para hacer de la opción por la afirmación de la existencia de Dios la opción más razonable» (p. 424).

En definitiva, se trata de un libro de texto centrado en las demostraciones de la existencia de Dios que propone la opción por Dios desde los presupuestos y desarrollos contemporáneos, a partir de la experiencia humana fundamental, especialmente a través del concepto de religación desarrollado por Zubiri.

Enrique MOROS